SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12. AÑO IV Nº 167. 14 • 1 • 2001

RADAR libros

DANIEL LINK *Los viejos del futuro*

ENTREVISTA *Enrique Vila-Matas y el síndrome de Bartleby*

ENVIDIA *José Pablo Feinmann confiesa sus bajas pasiones*

RESEÑAS *Bowles, Bufalino, Debord, Terragno*



Memorias del subsuelo

Rebuscando en la basura de una ciudad que cubre frenéticamente su pasado, Daniel Schávelzon escribió un libro fascinante. Pero *Historia del comer y del beber en Buenos Aires. Arqueología histórica de la vajilla de mesa* es, además, el resultado de un largo trabajo de excavaciones en los suelos de la ciudad de Buenos Aires con la hipótesis de que hay una vida cotidiana y doméstica para reconstruir a partir del hallazgo de los pozos de basura en las casas del siglo XVII hasta el XIX.

Hermenéutica del cirujeo

POR LAURA ISOLA *Historia del comer y del beber en Buenos Aires. Arqueología histórica de la vajilla de mesa* propone una enriquecedora articulación entre la arqueología urbana con la documentación histórica para saber, aunque sea un poco más, aquello que no está en la "gran Historia". Además, como agregado, la prosa de Daniel Schávelzon se inscribe en la tradición de los buenos libros de divulgación, que sin distraer la calidad (garantizada por un profuso sistema de citas y excelente bibliografía), narra con agilidad y elegancia cómo fueron cambiando los hábitos del comer y del beber como modo de definir los cambios culturales.

Si lo que se busca es el dato curioso, enterarse de que, en el siglo XIX, en Buenos Aires se comía mucho más pescado y aves que lo que las crónicas de los viajeros indican, o que los gauchos eran unos fanáticos de las especies (cuando su dieta pareció ser por mucho tiempo carne y más carne), el lector se sentirá más que satisfecho.

Pero *Historias del comer y del beber...* logra ir más allá de la anécdota bien documentada, alimento de una curiosidad por lo pintoresco. El texto estimula un estimulante planteo histórico e ideológico: hacer historia de los que no la tienen. "¿Los esclavos comían?" es el nombre de uno de los capítulos del libro, en clara correspondencia con la pregunta brechtiana "¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?". Las fuentes no nos dicen nada de aquellos albañiles anónimos ni de estos esclavos, y es por eso que la pregunta conserva su fuerza inquietante.

UN LIBRO CON HISTORIA *Historias del comer y del beber...* tiene su propia prehistoria: "Este libro es la primera parte de otro libro: un catálogo muy técnico de 400 fotos destinado a especialistas que necesiten ubicar algún trozo de cerámica. Trabajé con más de 500.000 piezas y lo que ahora es un libro era la introducción de ese catálogo con la explicación sobre para qué y cómo se usaron esos cientos de pedazos de cerámica. Cuando le llevé a la editorial todo el paquete, me dijeron: 'De esa introducción podemos hacer un libro, todo lo demás buscáte otro que lo publique'. Ese otro libro lo está publicando una fundación, para especialistas. Por otro lado, la parte que sí interesaba a los editores de Aguilar tenía que estimular una lectura ágil para un público general. No es un libro para tres tipos que están en un tema sino libros de librería para la mayor gente posible. Me pelearon mucho para que la narración fuera ágil. Ni siquiera querían notas a pie de página. Pero yo no puedo perder mi relación con lo académico, y por eso quedaron las notas".

Pero hay más. Para Schávelzon, arquitecto y pionero de la arqueología urbana en la Argentina, la historia de la gastronomía es la historia del cambio: "En muchos libros sobre este tema se parte de una premisa falsa, que es que siempre se comió igual. 'Siempre se comió asado', por ejemplo, aunque lo que nos muestra la arqueología es que no era así. Se considera el comer como un hecho acrónico, es decir sin historia. Esta publicación coincidió con un par de libros que salieron el año pasado sobre la historia del comer en Buenos Aires. Esos libros desde el punto de vista académico son atroces, no tienen rigor alguno: las citas son inventadas y tienen errores de siglos, no sólo de años. Si no se ve el proceso en términos históricos y se mezclan prácticas del siglo diecisiete con las del siglo dieciocho, no se entiende nada".

LA ARQUEOLOGÍA DEL COMER Practicar arqueología urbana en Buenos Aires es una tarea complicada. Se sabe que la arqueología es un campo de conocimiento que existe desde hace un siglo y opera sobre lugares y restos muy antiguos, como el antiguo Egipto y las momias o la zona andina y los Incas. Por lo tanto, las ciudades parecieron haber quedado fuera de su órbita. Según Schávelzon nada es imposible, o mejor dicho: algo es mejor que nada. "La arqueología considera que las zonas de trabajo tienen que estar poco alteradas. Por lo tanto, las ciudades quedaron como zonas que no podían ser estudiadas porque todo está alterado mil veces: casas sobre casas derrumbadas, cañerías, subtes... desde hace dos siglos se viene alterando el suelo. Mi planteo, dentro de la línea de la arqueología urbana, es que pese a esto se pueden aprender un montón de cosas. Hay que ajustar los métodos y usar otros distintos a los que se usan en la arqueología convencional. Además de que siempre es mejor poco que nada: somos la última generación que podemos hacerlo."

¿Por qué?

–El recambio urbano es tan grande que, con las probabilidades que manejamos, dentro de unos veinte años no quedará un metro cuadrado para excavar. Sobre todo en la zona de Núñez o Belgrano, donde todos son edificios nuevos. Y cuando entra la topadora, se pierde todo. Estamos perdiendo la zona más antigua de la ciudad, el centro, y que tiene una densidad urbana tremenda. Por eso es que si no lo hacemos ahora, perdemos la posibilidad, como sociedad, de conocer algo de nuestro pasado.

¿Cuáles son esos métodos?

–Por un lado, los arqueólogos tradicionales trazan cuadrículas en el piso y excavan muy cuidadosamente para luego hacer una prospección sobre el lugar. En cambio nuestro problema es que en la ciudad no tenés tiempo, estás trabajando entre obras y con los tiempos de las empresas de construcción, que no son los tiempos de la ciencia. Yo excavo donde me dejan, nada de cuadrículas porque no puedo ir y pedir que tiren tal edificio porque justo ahí tengo que excavar. Por ejemplo, me llaman para que trabaje antes de que empiece una obra en tal lugar, pero la empresa, por cada día de atraso pierde dinero, y no les parece rentable tener parados a los obreros durante un mes porque están los arqueólogos. El empresario no va a perder un centavo, sobre todo en una sociedad que no está acostumbrada a eso. En otras sociedades, investigaciones de este tipo pueden llegar a ser prestigiosas y el empresario se vuelve el gran mecenas que protege el patrimonio cultural. Acá hay una mentalidad quiosco y el prestigio no cotiza demasiado. Por eso hay que adaptarse a lo que hay: falta de recursos y velocidad. Además hay veces que me avisan para ir a excavar cuando ya pasó la topadora. Igual nos sirve y tuvimos que idear un sistema que, de alguna manera, reemplace a la cuadrícula típica de la arqueología de la que hablaba antes.

LA BASURA VALE ORO Ese método de trabajo del que habla Schávelzon, fundador del Centro de Arqueología Urbana (UBA), se volvió altamente eficaz con el descubrimiento de los pozos de basura en las casas particulares.

¿Cuándo los encontraron?

–A principios de los noventa. Eran como pozos ciegos pero mejor construidos. Tenían una tapa de madera y estaban recubiertos de ladrillos. Allí se tiraba la basura y tierra para que no diera mal olor. Cuando se llenaba, se hacía otro y se empezaba a llenar. Lo que significa saber que hay pozos de basura, sobre todo en el tipo de trabajo que hacemos nosotros, es invalorable porque si sabés que hay pozos vas directamente allí y no perdés tiempo. Una excavación con métodos convencionales puede llevar años.

¿Qué es lo que se estudia al estudiar la basura?

–Hay dos tipos de estudios: uno, de la basura moderna, que nace en los '70, cuando surge la crisis de la disposición de los residuos, y otro histórico, arqueológico, que no es otra cosa que andar rebuscando en la basura histórica. El primero se ha puesto de moda porque sirve como estudio de mercadotecnia. Se lo usa para estudiar desde quiénes consumen tal tipo de marca, producto, etc., hasta para saber quiénes consumen droga. Aquí se ve bien claro: si le toco el portero eléctrico a una persona y le pregunto si consume droga, es poco probable que diga que sí. En cambio, si abro la

Un tipo de estudios toma como objeto a la basura moderna y nace en los '70, cuando surge la crisis de la disposición de los residuos. El otro no es otra cosa que andar rebuscando en la basura histórica.

La hamburguesa y el fin de la historia

POR DANIEL SCHÁVELZON Si de algo se trata este libro, es del cambio cultural. Por eso decimos que si pudiéramos invitar a cenar a Manuel Belgrano, a Mariano Moreno o a Juan Manuel de Rosas, seguramente se sentirían muy mal en nuestras mesas. No hablemos de Juan de Garay, está demasiado lejos; él ni siquiera entendería esos extraños adminículos que son los cubiertos, para qué diablos queremos platos de fondo plano de los que todo se chorrea, por qué el azúcar es blanca, o cómo hacemos para que la sal salga por esos pequeños agujeritos que tiene la tapa del salero.

Los cambios culturales son a veces difíciles de percibir, y hasta de imaginar, si no se tiene una mirada atenta apoyada en la investigación y el estudio. Tendemos a dar por supuesto que nuestros antepasados hacían las cosas de manera similar a como las hacemos nosotros, nos cuesta imaginar la realidad cotidiana del pasado, y tendemos a naturalizar nuestras costumbres y hábitos, es decir, considerar que las cosas son así desde y para siempre, por alguna especie de ley natural. Y nada más lejos de lo natural que la cultura, en este caso, específicamente, la cultura material. Muchas veces es, simplemente, por falta de datos basados en la investigación. ¡Hasta Leonardo Da Vinci ha pecado de ese tipo de ignorancia! Su monumental cuadro *La última cena*, pintado en Milán en 1483, muestra un error histórico: allí presenta a los comensales rodeando una mesa con bancos. Pero los romanos no comían sentados sino recostados en *triclinium*.

Cada cultura explica el mundo y la realidad circundante desde ella misma, desde adentro, y nosotros también hacemos lo mismo, por ejemplo cuando pensamos que la cocina de los criollos, de los inmigrantes o de los indígenas eran compartimentos estancos. Eso es un mito. En Buenos Aires se comía según la época, la clase social y la capacidad económica real de cada quien, en una compleja red de relaciones sociales, accesibilidad a productos, imagen de prestigio y consumo por modas. La cocina "de inmigrantes" de 1830 fue considerada "criolla" por quienes llegaron en 1890, y hoy nos resulta tradicional justamente lo que trajeron nuestros abuelos, quienes fueron tan criticados por las oligarquías locales. Un español que llegaba a la ciudad en el siglo XVII traía desde España costumbres gastronómicas diferentes de las de otro español llegado un siglo más tarde.

Hoy nadie consideraría los fideos como un plato de la cocina regional pampeana y, sin embargo, a fines de la Colonia se los despachaba en todas las pulperías de la ciudad, y así ocurrió durante un siglo, hasta que los italianos los asumieron como propios, aunque su origen haya sido China; hemos visto al gaucho preocupado por condimentar con canela y con vinagre, lo que haría que algunos folkloristas se agarraran la cabeza. Y la tradicional polenta italiana, que es maíz molido seco, es en realidad una tradición indígena americana llevada a Italia en el siglo XVI, que volvió para aquí en el siglo XIX tardío con la inmigración.

¿Cuál fue el cambio más importante y significativo? Sin duda, el proceso de *privatización del espacio doméstico*, y por ende la forma de cocinar y servir, y de comer en la mesa: platos, cubiertos, servilletas, sillas individuales y vasos; el café, el restaurante y los lugares públicos, pero a su vez con privacidad, con el menú del cual cada uno selecciona a su propio gusto. Por otra parte, el surgimiento de la alta cocina, del *arte culinario*: lo que importa entra también por los ojos; a fin de cuentas, los postres y las tortas son inventos del siglo XVII –cuando se difundió masivamente el azúcar americano en el mundo– y nacieron como platos de comida; debió transcurrir todo un siglo hasta que pasaron al final del servicio, como cierre de la ceremonia.

Otros cambios fueron el logro del punto exacto de cocción, la calidad del ganado vacuno, el sabor fijo de cada alimento; la importancia del sabor, que desplazó a la del olor (se abandonaron las especias del siglo XVI). Las vajillas fueron cambiando y especializándose para los nuevos gustos burgueses: los platos playos, para ser usados con cubiertos, las copas de pie a partir del siglo XVIII, el abandono de las rústicas cerámicas y los platos de madera para usar la nueva loza, barata e higiénica. El final de la transmisión oral de los misterios arcanos de la coci-

bolsa de basura a la noche puedo encontrar indicios de ese tipo de consumo. El estudio moderno de la basura ha sido muy útil para los supermercados, las grandes marcas y demás negocios. Analizar el final de la cadena de consumo es infinitamente más preciso que saber cuántas botellas de Coca-Cola se vendieron en el supermercado, y arroja resultados que exceden los meros datos cuantitativos y dice mucho de los distintos niveles sociales: qué se come o utiliza en tal lado. La bolsa de basura no miente. Es más, dice hasta lo que uno no hubiera querido decir. En cambio, mi tema es la basura desde el punto de vista arqueológico porque, como dije, esta disciplina trabaja con basura. Sólo que nosotros llamamos *patrimonio cultural* a nuestra basura vieja.

¿Toda la "basura vieja" es patrimonio cultural?

–No. Con la cultura material del pasado hay dos actitudes: se conserva o se descarta. Lo que se conserva queda en la casa o en el museo y cuando entra a éste forma parte del mundo del arte. Por lo general, no son cosas de la vida cotidiana de la gente sino manifestaciones del arte. Por otro lado, está lo que se desecha, lo que se fue tirando a la basura. Cosas lindas o valiosas que se rompieron, que pasaron de moda, se pusieron viejas y todas las variantes posibles para que un objeto caiga en desuso. Nosotros trabajamos con lo que la sociedad descartó a lo largo de su historia, que se transforma en la cultura material del pasado.

¿Cuál es la hipótesis de trabajo que puso a funcionar para hacer este trabajo?

–Es verdad que la arqueología, como cualquier ciencia, funciona a partir de preguntas.



Nosotros estamos preocupados, por un lado, por la vida cotidiana y doméstica. Por otro, por los grupos que no figuran en la historia, que no están en los papeles. ¿Dónde están los trabajadores, los esclavos? ¿Qué comía esa gente? ¿Cómo y qué cocinaban? ¿Cómo eran sus casas? ¿Cómo era el patio del fondo de la gran casa donde vivía la servidumbre? Los habitantes de Buenos Aires, a principios del siglo XIX, eran esclavos en un 35 por ciento. ¿Qué comía y qué bebía esa enorme masa de población? Es una Buenos Aires que no está contada en los libros pero que existió.

¿Entonces esas dos historias confluyen en el pozo de la basura?

–Claro. Al pozo fueron a dar los platos rotos, los residuos de comida, los juguetes de los chicos, los elementos rituales y objetos eróticos. La ventaja que tiene la arqueología histórica es que, además de la información puramente arqueológica, se relaciona con información histórica. Este libro es eso: contrastar las fuentes documentales con los restos arqueológicos. A veces coinciden y otras no. Por ejemplo, la arqueología dice que no había cubiertos y en los documentos, en efecto, no figuran porque todavía no se habían inventado.

¿Qué pasó en esta línea cuando descubrieron los restos de pescado y aves en los pozos de basura de Buenos Aires?

–Esos fueron dos pozos que encontramos en San Telmo, que tenían espinas y escamas de pescado muy bien conservados por la grasa que tiraban al pozo los curas de Santo Domingo. Por otra parte, nuestra historia fue hecha a partir de lo que los viajeros dijeron sobre nosotros. Es lógico que un inglés que comía 16 kilos de carne por año se impresionara con los gauchos que agarraban una vaca entera, la mataban y comían algo. Ni el rey de Francia mataba una vaca. Los textos románticos tenían que exagerar lo exótico y no tenía sentido contar que comían lo mismo que en Inglaterra. Para colmo, acá no había selva ni trópico ni ningún tipo de exotismo. Cuando te ponés a revisar resulta que los gauchos hervían la carne porque era durísima. Era un ganado que se cazaba. Además comían otras cosas, condimentaban con canela y comino.

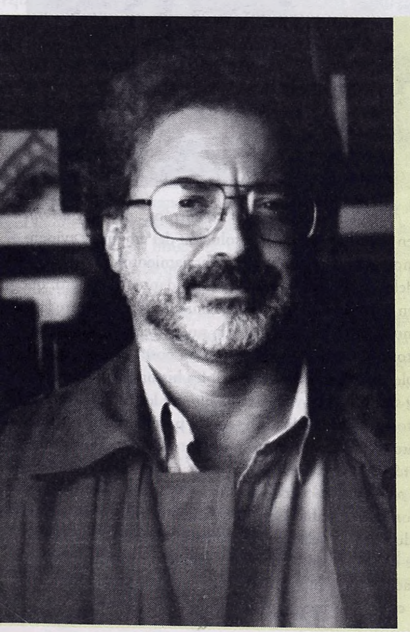
¿Eso quiere decir que el asado no es tan criollo como se dice?

–Ni tan común. La mayoría de los huesos encontrados no estuvieron expuestos al fuego. Lo que se prefería era la lengua del animal, que resultaba más blanda. Para fines del siglo XVIII e inicios del XIX se contabilizaron 350 ollas y sólo 50 parrillas. Estas están notablemente ausentes hasta muy entrado el siglo XIX.

TODO ES IDEOLOGÍA Es interesante notar que en un mismo hecho cultural, como el de la gastronomía, se pueden condensar elementos tan contrapuestos: la ideología y el trabajo histórico con la más absoluta frivolidad, asociada con el *bon vivant*. Para ello, Daniel Schávelzon tiene una respuesta: "Tomo la frase *No hay gastronomía inocente* usada por Revel de manera muy política. Su estudio de la gastronomía está ligado a grupos de poder, como en el caso del nazismo. Esto se puede aplicar a campañas del tipo de la de Eva Perón con la papa y otras costumbres relacionadas con el buen comer, como la obsesión actual por la comida *light* y natural. Yo pienso que todas las comidas están escondiendo una ideología y, además, una estructura social. Desde la producción de materias primas hasta el consumo final de los alimentos hay una larga cadena de explotación e injusticias. Me interesa más saber qué comían los esclavos o los usos políticos de la gastronomía y las preceptivas de los buenos modales. La historia del comer no equivale a una guía de restaurantes o una carta de vinos.

¿En muchos casos hay una visible discriminación a partir de esto?

–En el caso de Vicente Quesada, que incluyo en el libro, es fascinante ver cómo describe la ciudad de Buenos Aires a partir de los olores. Es él quien escribe en el siglo XIX: "puedo trazar la línea geográfica de la mala comida y de la comida criolla. Si voy con el *tranway* de la calle Cuyo arriba, esta vía crucis es la vía crucis de la comida de los fondines italianos a peso el plato. ¡Qué olor! No sé, pero me parece que tienen el olfato sucio. Por precaución pongo gotas de agua colonia en mi pañuelo". En *El matadero* de Esteban Echeverría hay una descripción de las negras achuradoras que está muy cargada de xenofobia. Esos afroporteños comían las achuras por una cuestión de supervivencia, no por costumbres salvajes. El caso de la inmigración es interesante: el mismo grupo político que impulsa la inmigración se horroriza de que los inmigrantes coman distinto. No sólo había que enseñarle una lengua a la inmigración soñada por Alberdi y Sarmiento, también había que enseñarle a comer.♣



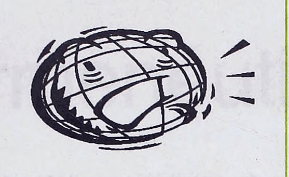
na para entrar en el mundo de las recetas en libros impresos. La cocina pasó del simple y modesto fogón en el piso a los microondas, la olla de cerámica vitrificada pasó a ser de cobre, de hierro esmaltada en el siglo XIX y de aluminio, hojalata, hierro, vidrio pírex... y no falta mucho para el plástico.

HEMOS LOGRADO LA HAMBURGUESA

Si lo pensamos bien, la historia humana ha sido la búsqueda incesante y anhelante de la hamburguesa. No es un chiste: imaginemos que podemos regresar a los tiempos de Pedro de Mendoza y sus mil hombres muertos de hambre, que para comer debían –si decidían no robarles a los indios– sembrar sus alimentos, luego cosecharlos, protegerlos de plagas, prepararlos en molinos, cocinar todos los días sin poder guardar casi nada; contando sólo con los productos de cada estación y en unas condiciones en que cualquier cambio de clima destruía cosechas enteras. Imaginemos que les comunicamos que se inventó algo que no requiere nada de eso. Que gracias a Mefistófeles, o a quien sea, hay un producto que alimenta y que se puede conseguir en todas las estaciones no importando climas ni crisis, que se puede congelar y guardar años, que es igual en sabor, calidad y dimensiones en todo el mundo, que es nutritivo, rico en grasas y proteínas, de sabor estandarizado y –para esa época– exquisito; que sólo cuesta unos centavos, se lo compra en cualquier sitio del planeta, que se hace de carne vacuna, que es fácil de transportar... Era el sueño de la raza humana. ¿Cuántas personas murieron de hambre en las sequías de la Edad Media? ¿Podemos suponer que al menos la mitad de la totalidad de esa población europea murió de hambre? Y, ¿qué sucede aún en la India, en Africa, en tantos sitios de América? La esperanza de la humanidad estuvo durante siglos y siglos cifrada en la comida, en la posibilidad de un alimento barato, nutritivo y abundante.

Quizá la cajita de la hamburguesa y la lata de gaseosas sean el ideal que la humanidad buscó durante miles de años; el problema es que ahora que lo logramos, ahora que tenemos garantizada la conservación por congelamiento, el cocinar sin fuego, la posibilidad de conseguir de todo y durante todo el año, la posibilidad de consumir sin cubiertos, la de adquirir todo junto en el mismo sitio incluso de noche y en fin de semana; ahora que logramos el acceso a productos del mundo entero a precios bajos, tampoco estamos satisfechos. Es más, a muchos ni siquiera nos resulta agradable porque todo ello sigue encerrando tremendas injusticias, como las ha implicado la alimentación en todos los tiempos; ya dijimos, parafraseando a Revel, que no hay gastronomía inocente.

Y si bien el refrán dice que antes (¿cuándo fue *antes*?) se comía mejor que ahora, no por eso todo tiempo pasado fue mejor; salvo porque en el futuro, si seguimos con la hamburguesa, ya no se necesitará vajilla y por lo tanto la historia que narra este libro se habrá acabado. Y como dijo aquel gaucho de la novela *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes: "¡Lástima no tener dos panzas!", lo cual es siempre mejor que el tradicional: "El día que llueva sopa, seguro que voy a tener un tenedor en la mano".♣



Al Partido Laborista británico le gustaría aprovechar para su campaña electoral el éxito de los libros de Harry Potter, informó el periódico conservador *Sunday Telegraph*. El secretario del Tesoro, Gordon Brown, se habría encontrado con la autora, que no oculta sus simpatías por los laboristas, para pedirle que la imagen del aprendiz de mago pueda aparecer en la próxima campaña electoral. Según el *Sunday Telegraph*, es poco probable que los editores de Rowling admitan semejante compromiso político del más popular de los personajes surgidos de la literatura británica.

Tampoco debe hacerle mucha gracia a nadie el descubrimiento, la semana pasada, de "elementos para el consumo de drogas" en el set donde se filma *Harry Potter y la piedra filosofal*, que se estrenará en los cines argentinos el jueves 29 de noviembre de este año. Los estudios Warner Bros., encargados del rodaje de la película, llamaron alarmados a la policía cuando encontraron varias jeringas en los estudios Laevesden, cerca de Watford, al norte de Londres. La empresa informó que "aunque todavía no está claro cuánto tiempo estuvieron en el lugar esos elementos antes de que fuesen descubiertos, no se encontraron drogas en el recinto ni se estableció una relación directa entre la producción de *Harry Potter* y la evidencia en cuestión". No sea cosa que alguien piense que algún actor, guionista o iluminador de Hollywood consume drogas.

La Fundación Juan Rulfo prepara la página oficial del escritor mexicano con su biografía, gráficas, comentarios e informaciones sobre la obra del autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. La página será puesta en línea cuando se cumplan los 15 años de la muerte de Rulfo (1918-1986).

El escritor y guionista español Fernando Marías resultó ganador de la 57 edición del Premio Nadal con la novela *El niño de los coroneles*, según se anunció en el transcurso de la tradicional velada del Día de Reyes celebrada en Barcelona. El Premio Nadal, instituido en 1944 por la Editorial Destino, es el premio literario más antiguo de España y está dotado con 17.000 dólares para el ganador. Marías, de 42 años y oriundo de la ciudad vasca de Bilbao, ya ha publicado dos novelas, tituladas *La luz prodigiosa* (1992) y *Esta noche moriré* (1999).

El escritor británico de origen indio Salman Rushdie prepara su próxima novela, que estará ambientada en la ciudad italiana de Florencia en los siglos XV y XVI, en plena etapa de esplendor renacentista bajo el gobierno de los Medici. Por sus páginas desfilarán personajes como Lorenzo el Magnífico, Miguel Angel y Leonardo da Vinci.

Otro que lanza nueva novela es Hanif Kureishi, el reconocido autor anglopaquistaní (*El buda de los suburbios, Intimidad*). La editorial Faber & Faber anunció para marzo el lanzamiento de *Gabriel's Gift*.

En algún momento del mes de enero todavía no precisado se pondrá en marcha el Catálogo Colectivo de Francia, gigantesca base de datos que permitirá localizar todos los libros e impresos custodiados por las 3900 bibliotecas galas. Cualquier usuario podrá consultarlo y, si es francés, podrá solicitar a su biblioteca de préstamo que se lo consiga durante unos días. El CCFr será completado a lo largo de varios años, pero podrá ser consultado a medida que se incorporan datos.

Muertos creen votar

IN GIRUM IMUS NOCTE ET CONSUMIMUR IGNI
Guy Debord (edición aumentada)
trad. Luis Bredlow
Anagrama, 2000
172 págs. $ 14,50

POR SANTIAGO FERREYRA "La hora de sentar cabeza no llegara jamás". Con esta frase tranquilizadora se cierra el guión de la película que Guy Debord escribió y realizó en 1978. Lo sigue una nota casi técnica: *Retomar desde el principio*. *In girum imus nocte et consumimur igni* (palíndromo que se traduce como "van dando vueltas en la noche y son devorados por el fuego") es el título de la obra que Anagrama distribuyó hace muy poco. El guión de la película viene enriquecido en esta edición –que demuestra celo de coleccionista– con casi todas las notas del autor y de la prensa sobre y para la película que despertó, a su estreno en el '78 –según el prólogo de Alice Debord– un muro de "incomprensión más o menos fingida" e "interpretaciones erróneas".

Este libro es de una radicalidad meridiana y por eso de una contundencia delicada, amenazante. Es el libro que quieren leer las personas que no quieren irse a dormir de noche. Es el libro que pide acompañar la comisión de delitos contra el desorden institucional. Es el libro que escribe y que toleran leer las personas que, en casa con la muerte, han adquirido la conciencia y el sosiego de saber que cada minuto puede ser el último.

Guy Debord, que en 1957 había sido una de las referencias de la Internacional Situacionista, que al servicio de ese desorden puso casi toda su producción de esos años –su segunda película, *La sociedad del espectáculo*, *Modo de empleo del détournement* (el *détournement* es una especie de cita ligera e irresponsable como las que conforman este artículo) y el guión de su tercera película *Sobre el paso de una pequeña cantidad de personas a través de un bastante breve plazo de tiempo*–, que en la gran escisión situacionista de 1962 dejó el movimiento (habiendo sentado las bases de lo que sería el Mayo del '68), escribió desde entonces una línea de argumentos cada vez más pesimistas y calculados.

In girum... es una obra casi de relojería que contiene pasajes de este calibre: "Los mentirosos estaban en el poder, como siempre; pero el desarrollo económico no les había dado todavía los medios de mentir acerca de todos los asuntos ni de confirmar sus mentiras falsificando el contenido efectivo de toda la producción". Esta edición aumentada incluye una nota fechada en 1977 por el autor que es un mapa de citas del texto y que le confiere a todo el escrito una nueva amplitud y confirma que el guión es un órgano de un pensador insaciable, de una erudición sin consuelo y que ha tomado todo lo que la "cultura" le puso al alcance y mucho, mucho vino. Prologuista, editor y autor coinciden en que es un libro –luego *film*– sobre la vida real. El autor insiste en que eso es el tiempo.

"Basura y escombros vertidos a la salida de la película...", los textos que completan el volumen, son notas periodísticas, críticas, comentarios y reseñas. Como reseñas que son tienen vocación de basura o escombro. Algunas tienen más éxito en este sentido. Pero todas tienen una función en la organización de la banalidad del mal. Por su eficacia se miden. Y leerlas provoca una tristeza implacable.

La tapa de la edición de Anagrama lleva como ilustración uno de los "blancos" de Jasper Johns. Esta iluminada decisión prologa antes que ninguna palabra el tenor del libro. Ya no va a haber lugar para pensar ninguna resistencia. Y ya no hay mucho lugar para pensar el cine ni la poesía –a los que se aferraba la Internacional. Y, por así decirlo, Debord va a morir. Abran fuego. Ya lo había planeado así. Guy Debord murió a los 62 años, en diciembre de 1994 y por mano propia.♣

El sentido de la vida

QUI PRO QUO
Gesualdo Bufalino
trad. Héctor Abad Faciolince
Norma
Bogotá, 2000
156 págs. $ 15

POR MAXIMILIANO GURIAN Cuando un célebre editor muere en circunstancias violentas, se sabe, no falta quien lo llore piadoso ni quien ría a carcajadas; el escritor, una vez más, escribe. Gesualdo Bufalino –escritor– dispone un cadáver letrado en el seno de un círculo artístico, donde a duras penas comulgan los egos y las envidias de los personajes, para inscribir una visión crítica y risueña de las relaciones entre la literatura y el mercado, entre el quehacer literario y el crimen. La trama detectivesca –un muerto, múltiples sospechosos, dos o tres cartas– y la discusión metaliteraria –¿Hércules Poirot o Philip Marlowe?– se aúnan en *Qui pro quo* para desarticular los mecanismos de la narrativa policial clásica. Agatha Sotheby, la narradora en quien confluyen, desde su nombre mismo, las tensiones productivas tematizadas en la obra, consigna con minuciosidad los acontecimientos que, ¿adivinaron?, serán la fuente de un escrito de su autoría titulado, claro está, *Qui pro quo*.

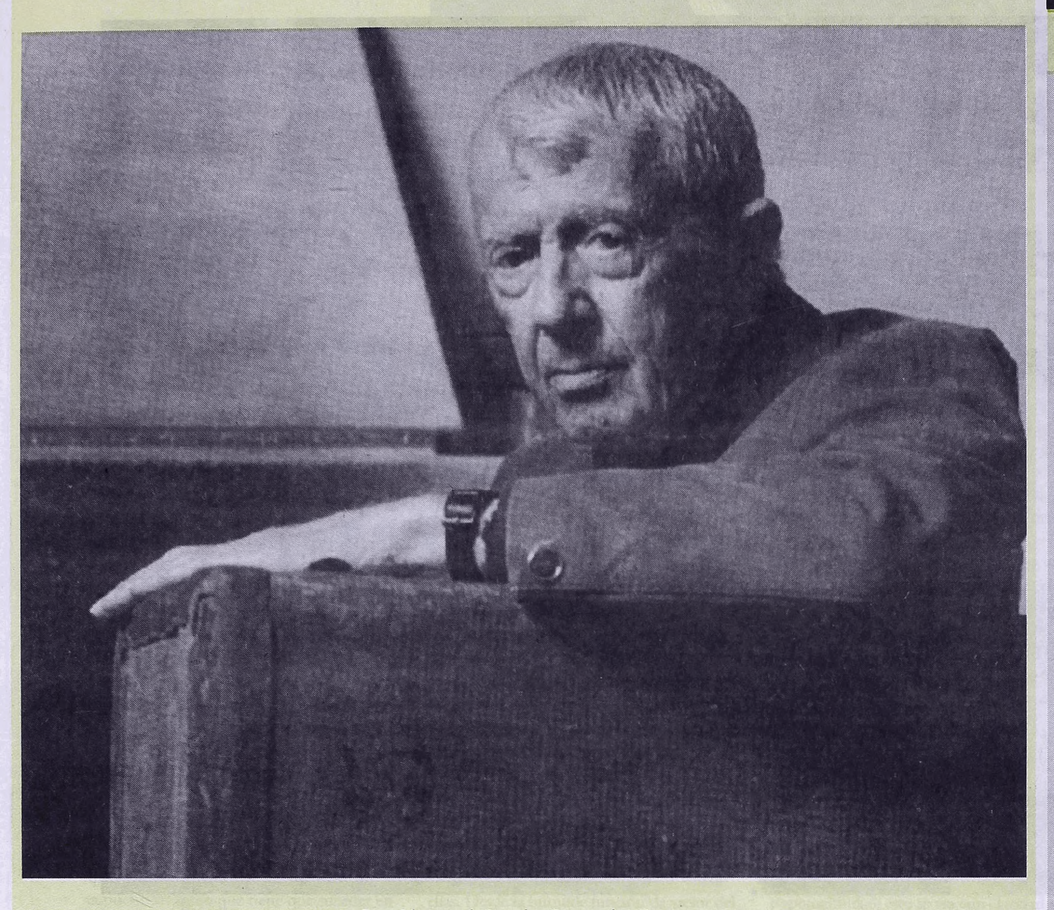
La novela de Bufalino se propone como homenaje herético y relectura insidiosa de un género que supo concebir personajes memorables en la literatura occidental desde mediados del siglo XIX. No sorprende, entonces, que el autor de *Las tretas de la noche* deslice, erudito, innumerables referencias a sus ilustres antecesores y recurra al acervo de la tradición novelesca para la ideación de sus propios personajes. No en vano Bufalino es responsable de un paradigmático *Diccionario de personajes de novela* –aún inédito en español–.



Si todo policial implica un crimen y, por ende, el deseo impostergable de conocer sus más íntimos pormenores, el texto del escritor italiano constituye una puesta en escena paródica del *whodunit* hitchkockiano. Impone al lector su condición de sujeto iniciático ante un enigma quizá irresoluble, ante una novela en clave que, paradoja y signo de modernidad literaria, carece de toda clave reveladora. O, mejor aún, el relato se construye apelando, irónico, a la retórica de una anticlave: la fórmula latina *qui pro quo* –esto por aquello–, ley vacía que, como un agujero negro, condena a la incertidumbre todo atisbo de verdad: nunca puede reponerse el primer término de esta ecuación falaz. De hecho, cada carta que se lee en la novela desplaza, entrópicamente y *ad infinitum*, la resolución del enigma y evidencia, sí, el resquebrajamiento del paradigma indicial, modelo fundante del género, que se torna insuficiente y superfluo ante la inminencia de un nuevo relato.

Contrariado en su nostálgico intento de delimitar una única historia –un crimen, un móvil, un culpable–, el lector vislumbra, en cambio, un sentido proliferante e incierto: el proceso mismo de la escritura que resignifica, una y otra vez y una vez más, los restos fácticos y discursivos para erigirse en literatura. Gesualdo Bufalino concibe así una novela que juega a enredar las hilachas ya desvaídas del género policial para recordarnos la imposibilidad de fijar un sentido último, la incesante utopía de la escritura.♣

Los sonidos del silencio



MEMORIAS DE UN NÓMADA
Paul Bowles
Trad. Angela Pérez
Mondadori
Barcelona, 2000
404 páginas, $ 9,50

POR DOLORES GRAÑA Una autobiografía no presupone exactamente lo mismo que unas memorias. La biografía de sí mismo implica alguna suerte de explicación. Sea por las maravillas pavlovianas de la causa y el efecto, por alguna epifanía del conocimiento o por simples avatares del destino. En una biografía se puede pensar que el biógrafo se está equivocando en su versión sobre el sujeto y hasta que se le ha escapado del todo. Pero de lo que no puede dudarse es que el biógrafo por lo menos hará lo imposible para agarrarle lo más fuerte que pueda para que no se suelte (y es exactamente igual en el caso de la biografía de uno mismo). Las memorias, por el contrario, no se deben a las investigaciones y tienen la virtud de ser uno de los géneros literarios más antiguos que se conocen, por lo que no debe pasar por una tediosa definición de formas y límites en su ejercicio. Existía desde antes de que a alguien se le ocurriera cómo debía ser existir.

Paul Bowles sabía cómo sacarle provecho a todo esto. Sus memorias carecen de causa y efecto, de epifanías y de avatares del destino. Son absolutamente inservibles como autobiografía, en el sentido que se le da habitualmente: el momento en el que se revela todo ante el lector, en el que comprendemos el *propósito*. Aquí, Bowles no revela absolutamente nada de lo que parece adivinarse en la tapa (envuelto en una bata de arabescos vagamente exótica junto a un gato en Tánger, con cara de disponerse a descubrir a Stein, Copeland, Leary, Miller, Miró, Pound, Man Ray, Isherwood, Spender, Burroughs, Capote, Vidal y un largo etcétera). Precisamente por eso, porque el propósito está fuera de las intenciones de Bowles, es que estas *Memorias...* merecen un lugar entre sus mejores libros: porque son literatura sin mayores explicaciones.

Si el objetivo que se tiene en mente al comprar este libro es conocer el detalle de los mecanismos internos de la afiebrada mente de Paul Bowles y de su codiciada vida como expatriado en Tánger (lo más cercano a un consenso sobre el paraíso terrenal al que han llegado los escritores) desde ya será preferible adquirir *Paul Bowles visto por sus amigos*. Allí puede leerse, por ejemplo, lo que descubrió Patricia Highsmith: "Paul Bowles tiene los ojos abiertos al sinsentido de todo esto. Por eso, jóvenes y no tan jóvenes se apiñan alrededor suyo, llaman a su puerta y pasan notas por debajo de ella diciendo: *¿Podemos hablar contigo Paul? Háblanos de la verdad*". No hay momento de revelaciones como ésta en *Memorias de un nómada*.

Si hay algo que Paul Bowles no hace en su libro es hablar de la verdad. Prefiere contar lo que pasó y únicamente eso, desde que el pequeño Paul miró fijamente una jarra y se preguntó por qué la palabra *jarra* podía dejar de significar "jarra", y por qué su abuelo pretendía convencerlo de que Dios no existe, si era algo evidente (dos cuestiones sobre las que Bowles seguiría haciéndose preguntas a lo largo de su vida). Pero es lo que no cuenta (y es mucho) lo que más efectivamente sostiene la verdad de estas memorias. Gore Vidal sostenía que había que leerlas como un libro en código, una especie de cifrado "Enigma" en el que la más mínima ubicación de una coma, para el iniciado, aumentaba o directamente cambiaba el significado del mensaje hasta darle *sentido*.

Es imposible saber si Vidal está en lo cierto, o si simplemente es una explicación satisfactoria para la extraña ausencia de sentimientos y opiniones acerca de lo que cuenta. *Memorias de un nómada* es un libro tremendamente reservado, pero eso no lo hace menos disfrutable. "En mi relato no hay victorias espectaculares porque no hubo lucha. Yo aguanté y esperé." En la espera de Bowles, en la terca intención de no correr detrás de nada y de nadie, en las posibilidades de la indolencia (pero nunca en la indulgencia) reside toda la solidez de su postura frente a las cosas. "Los marroquíes afirman que la plena participación en la vida exige la contemplación sistemática de la muerte. Estoy totalmente de acuerdo", dice Bowles. Y ése es precisamente el material del que están hechas sus memorias: de la serena contemplación de sí mismo y de lo que lo rodeó. Quizá por eso, de sí mismo no dice casi nada, salvo esto: "Yo creo que no tengo vida interior. Soy una máquina".

El encuentro con el momento en el que ya no se puede volver atrás y, a la vez, el silencio y la soledad absoluta que lo acompañan es una de las claves de la literatura de Bowles. Y también es la forma que adquieren sus memorias, como si el autor hubiera decidido dejarse atrás también a sí mismo. Volver a recorrer ese sinuoso itinerario que comenzó en Long Island y lo llevó por todo el mundo, hasta que ese mundo desapareció para volverse Tánger, enumerando historias, recorridos, casas, trabajos, gente. Todos ellos son paradas en el viaje, y Bowles no desea revelar cuáles de ellas fueron más importantes. El camino lo es todo. El viento del desierto pule absolutamente todo para que se acomode a su forma, y Bowles sabe que lo único que puede hacerse para sobrevivirlo es no ofrecer demasiada resistencia.♣

ENVIDIA



El celebrado autor de *El mandato* y *Pasiones de celuloide* jura que su envidia es saludable.

La palabra *envidia* tiene mala fama. Se la relaciona con la codicia y el resentimiento. Sin embargo, suele hablarse de una "sana envidia". Uno ha leído frases como: "Una sana envidia lo condujo a emular las hazañas de sus maestros". Bueno, digamos. Digamos que mis envidias son, han sido y serán sanas porque se reducen a envidiar las hazañas de mis maestros. Y si uno los envidia, tratará de emularlas.

Lo que les envidio a los grandes maestros es la obstinación por lo desmedido. Miguel Angel y la Capilla Sixtina. Hegel y la *Fenomenología del espíritu*. Brahms y la Primera sinfonía, que sus enemigos llamarían "la décima de Beethoven", ya que tanto admiraba Brahms al ominoso sordo que lo copió tal vez excesivamente. Tanto, al menos, como para darle de comer a sus enemigos. Sigo: Melville y *Moby Dick*. Kafka y *La metamorfosis* (lo desmedido no tiene por qué ser necesariamente extenso). Sartre y la *Crítica de la razón dialéctica*. Por ejemplo (para detenerme en esto): envidio que Sartre estuviera decidido a sacrificar su salud para escribir "esa" gran obra. Que se tomara por día tres tubos de anfetaminas. Treinta aspirinas. Numerosas (o más que numerosas) pastillas para dormir. Que alguien le preguntara si no le preocupaba su salud. Y que respondiera: "¿Para qué sirve la salud? Es más importante escribir la *Crítica de la razón dialéctica*". Eso se lo envidio hondamente (no lo envidio que se haya muerto, pero ése era el costo).

Envidio eso que se decía de Schumann: "Era feliz cuando se consagraba duramente al trabajo". Me gustaría –siempre o casi siempre– trabajar con alegría. Envidio (y aquí no sé si mi envidia es decididamente sana) a esos colegas que consiguen becas con asidua facilidad. Envidio profundamente a los que manejan su obra mejor que yo. A los que consiguen mucho más con menos. De todos modos, sigo escribiendo. Y (sobre todo) sigo durmiendo la siesta.

JOSÉ PABLO FEINMANN

PANTALLA SOLAR

Consultadas algunas editoriales sobre cuáles de sus últimas novedades considerában aptas para la lectura en la playa (o en la montaña, o en el morro, bah: en vacaciones), éstas son algunas de sus recomendaciones.

Cancionero, Joan Manuel Serrat *(Alfaguara)*

Carta a un escritor latinoamericano, Leo Masliah *(de La Flor)*

Cirugías estéticas, Mariana Carabajal *(Sudamericana)*

¿Cómo hacer de una idea una empresa exitosa?, Carlos Alvarez Insúa *(Alfaguara)*

Diario de un clandestino, Miguel Bonasso *(Planeta)*

El príncipe, Federico Andahazi *(Planeta)*

La novia de Matisse, Manuel Vicent *(Alfaguara)*

La plegaria del vidente, Carlos Balmaceda *(Planeta)*

Mi cuento favorito, comp. Guillermo Saavedra *(Alfaguara)*

Perón vuelve, comp. Sergio Olguín *(Norma)*

Pinti Delivery, Enrique Pinti *(Sudamericana)*

Puro fútbol, Roberto Fontanarrosa *(de La Flor)*

Todo al costo, Jorge Schussheim *(de La Flor)*

BOCA DE URNA



Los libros más vendidos de la semana en la librería Paidós del Fondo.

Ficción

1. **Lugar**
Juan José Saer
(Seix Barral, $15)

2. **La hora del diablo**
Fernando Pessoa
(Emecé, $10)

3. **Obras completas**
Paul Celan
(Trotta, $43,50)

4. **La caverna**
José Saramago
(Alfaguara, $21)

5. **El lector**
Bernard Schlink
(Anagrama, $19,50)

6. **El dandy argentino**
Daniel Sorín
(Norma, $17)

7. **Harry Potter y el prisionero de Azkaban**
J.K. Rowling
(Emecé, $16

8. **Las horas**
Michael Cunningham
(Norma, $21)

9. **Retrato en sepia**
Isabel Allende
(Sudamericana, $20)

10. **El príncipe**
Federico Andahazi
(Planeta, $16)

No ficción

1. **Hitler 1936-1945**
Ian Kershaw
(Península, $29,50)

2. **Galimberti. De Perón a Susana**
Marcelo Larraquy y Roberto Caballero
(Norma, $23)

3. **Diario de un clandestino**
Miguel Bonasso
(Planeta, $17)

4. **El mundo como supermercado**
Michel Houellebecq
(Anagrama, $12,50)

5. **Sobre Maurice Blanchot**
Emmanuel Levinas
(Trotta, $11,50)

6. **Mujeres fuera de quicio**
Marta López Gil
(Adriana Hidalgo, $18)

7. **El camino de la autodependencia**
Jorge Bucay
(Sudamericana, $14)

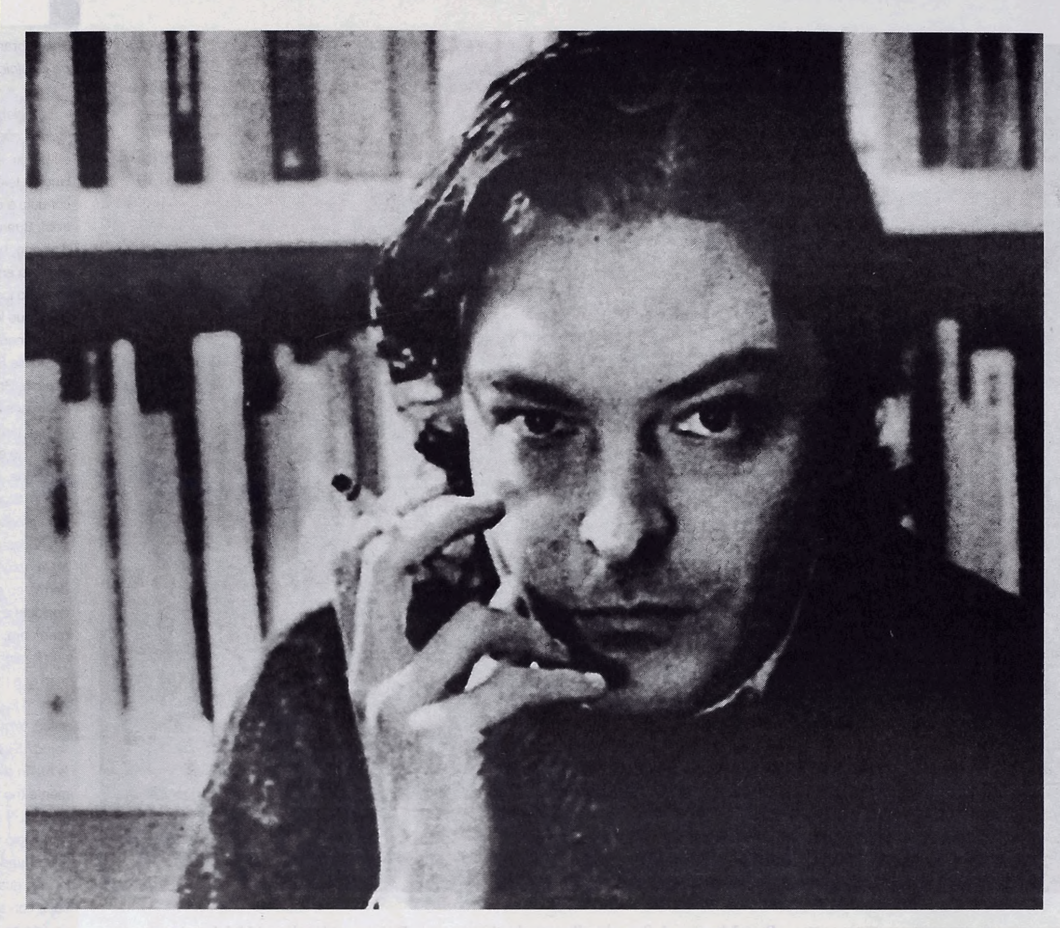
8. **Tras el búho de Minerva**
Atilio Boron
(Fondo de Cultura Económica, $15)

9. **Yo soy el Diego**
Diego Maradona
(Planeta, $15)

10. **¿Quién se ha llevado mi queso?**
Spencer Johnson
(Urano, $10)

¿Por qué se venden estos libros?
"Pasadas las Fiestas, los lectores aprovechan antes de las vacaciones para ponerse al día con las lecturas atrasadas. Privilegiando el perfil de la librería, se vende mucho más la literatura más difícil y la poesía, que tienen un amplio espacio en la librería. En ensayo se observa un aumento del interés por la política y la historia en general, siendo notable la venta de Hitler *de Kershaw", dice Pablo Pazos de la librería Paidós del Fondo.*

Queda algo por decir



Mientras *Bartleby y compañía* se traduce al francés, inglés, portugués, alemán y griego, Enrique Vila-Matas, su autor, sigue jugando con la fórmula de escribir sobre los que no pueden o no pudieron hacerlo. Entrevistado en Guadalajara, el barcelonés habla de su próxima novela y de los efectos terapéuticos de su libro sobre el síndrome abierto por el escribiente de Herman Melville.

POR PABLO TASSO, DESDE GUADALAJARA En *Bartleby y compañía*, Vila-Matas cita una entrevista en la que el escritor vasco Bernardo Atxaga anuncia que va a escribir un libro más y que luego pasará a retiro. La excusa con la que Atxaga entrará al mundo de los que abandonan la escritura y en el que se ha sumergido Vila-Matas no tiene la estridencia del pasado; Atxaga se declara cansado del nuevo modelo de escritor que exigen las editoriales al firmar cada contrato, un ser que debe asistir constantemente a conferencias y a brindar demasiadas entrevistas.

Vila-Matas llega a la entrevista acompañado de la directora de prensa de la distribuidora de Anagrama, que porta la sonrisa simpática del que llega a horario y con el paquete prometido. El rostro de Vila-Matas, en cambio, evidencia que le ha tomado cierto afecto a la postura del personaje de Melville, famoso por la terquedad de su "preferiría no hacerlo", terquedad que usa el español cuando mira el grabador poniendo cara de preferiría estar en otro lado.

Señalado como uno de los escritores más importantes de España, Enrique Vila-Matas todavía no sale del asombroso efecto que le produjo a España recibir un libro escrito sobre los que dejaron de escribir, sobre los Rulfos, Salingers, a los que el autor definió como Bartlebys o escritores del No.

Bartleby y compañía es, ante todo, un libro difícil de clasificar puesto que ni es completamente una novela, ni un ensayo. Es el diario temático de un jorobado llamado Marcelo CasiWatt, amante de Chet Baker, un tipo que exorciza su propio silencio literario hablando del silencio de otros. Este diario de "notas sin texto" acaba siendo tanto un muestrario de erudición literaria, como una bella síntesis de dos épicas sencillas: la de los que abandonaron la literatura y la del que, para no abandonarla, los rastrea minuciosamente.

Hace poco escribió una nota en la que se comparaba con Gombrowicz, por su posición excéntrica en la literatura.

–Lo que explico en esa crónica es que cuando empiezo a escribir me propongo ser un escritor singular, único, excéntrico y extraño. Fundamentalmente para diferenciarme de los demás. Tomé a Gombrowicz como ejemplo por las cosas que he leído sobre su figura, pero no lo había leído. Durante varios años escribí como yo creo que escribía él. Cuando por fin lo leí, me di cuenta de que lo que he escrito no tiene nada que ver con su literatura. Sin embargo ya he aprendido a escribir y me he hecho de un estilo propio gracias a imaginar lo que creía que escribía un escritor extraño.

Ahora le molesta que lo sigan tildando de "raro"...

–Bueno, creo que ya he dejado de ser raro. Cada vez soy más directo, más claro y pienso que, sin que fuera algo deliberado, he abandonado mi rareza inicial. De hecho cada vez tengo más lectores y me costó tenerlos porque se decía que lo que yo escribía era completamente extraño y difícil para un lector medio. Y si hubo impostura fue antes, cuando me hacía pasar por raro. También podría decir que, salvando las distancias, en *Bartleby* desarrollo la misma impostura erudita de Borges. No hay que engañarnos, en *Bartleby y compañía* hay una exhibición de erudición delirante –como ha escrito un crítico– y da la impresión de que soy una persona muy leída. Es cierto que he leído mucho, pero no tanto como a veces aparento. Hay personas que me han dicho que para escribir ese libro debían tener una cantidad inmensa de lecturas y no es para tanto, y de hecho en *Bartleby* hay cinco autores y cinco libros inventados que pasan por reales.

Alguien decía que Borges buscaba inhibir al lector con su pasión por las citas reales y apócrifas.

–Sí, yo tenía miedo de que el libro tuviera pocos lectores por la carga erudita y por tocar un tema tan ortodoxamente literario. Sin embargo, ha tenido muchos lectores que se han visto, justamente, afectados por el tema del libro. Actualmente tengo un *dossier* muy interesante con más de cien cartas que he recibido, algunas con Bartlebys que faltan en el libro, algo que yo sabía que iba a suceder: en algunos casos con Bartlebys que yo había decidido no mencionar y en otros, completamente desconocidos para mí. También he recibido cartas de Bartlebys que sólo escriben esa carta para decirme que no han escrito y que no piensan escribir jamás. Algunas de esas cartas están escritas por grandísimos escritores que se niegan a escribir. La cuestión es que ahora tengo una gran cantidad de material para un libro que definitivamente no haré, aunque sí quedará como *dossier*.

¿Cuáles son hoy sus preocupaciones centrales?

–Como soy normalmente muy productivo –a veces enlazo un libro con el siguiente–,

cuando me para la gente por la calle y me pregunta qué estoy preparando ahora, me ruborizo. Porque no estoy preparando nada, he quedado bloqueado, como los Bartlebys. Empiezo a sentir el síndrome de Bartleby y empiezo a entender en qué consistía el sentimiento de Rulfo cuando se le preguntaba para cuándo el próximo libro. De esto he salido recientemente, porque estoy metido en una novela que parte de la idea del callejón sin salida a la que había llegado con el último libro, de aquella idea de que no había nada más que escribir, adoptando casi la posición de los escritores del No. En la nueva novela parto de esta idea, hablo de un personaje que ha quedado atrapado en su propia ficción y su ficción ha sido un libro sobre los que no escriben. Este personaje es visitado por su padre, que es el narrador –y que soy yo–, que va en su busca para detener las *consecuencias* del bloqueo en que se encuentra. Entre otras cosas, el narrador le propone que se convierta en un personaje literario, que no escriba, que haga como Marcel Duchamp, le propone varias soluciones y ése es el arranque de la novela. Como se ve, es un intento de superar el bloqueo en el que me encontraba.

¿Imagina un futuro en el que el síndrome finalmente lo venza?

–Sí, pero de hecho el libro tuvo para muchos de los lectores en España un efecto terapéutico. Muchas personas que quieren escribir y no pueden encontraron consuelo al saber que grandes escritores como Salinger o Rulfo o Rimbaud dejaron de escribir. Yo creo que me curaré en salud el día que vea que mi obra está clausurada, cosa que por supuesto imagino que tiene que suceder en algún momento. Pero creo que cuando me pase no va a representar una tragedia para mí porque ya sé que no pasa nada si uno deja de escribir.

El personaje de Bartleby y Compañía a veces demuestra un enamoramiento por ese saber callarse de algunos autores. ¿Cuál es su posición real al respecto?

–Pienso como Samuel Beckett en *Impromptu Ohio*, obra en la que hay dos viejos frente a frente, repitiéndose de una forma obsesiva: "queda algo todavía por decir". Mi posición es ésa: queda algo todavía por decir. No digo que mucho, pero algo queda. En el libro se plantean problemas como qué es narrar o quién elige ser escritor –porque los escritores se autonombran escritores, lo mismo los críticos que se autodefinen como críticos–. Mi idea es que hay que volver a empezar, que la literatura nace de un equívoco: alguien escribió una vez algo y el que lo leyó entendió otra cosa. De modo que ya hay un equívoco en el origen y por lo tanto no hay por qué dejar de lado la posibilidad de que se pueda reinventar la literatura, que se pueda volver a empezar.

¿Se siente en una cruzada contra la mala literatura?

–En el fondo, *Bartleby y compañía* está diciendo que hay demasiados libros. En España, por ejemplo, en un momento en el que se escribe tanto se ha considerado bastante genial y divertido el hablar sobre el no escribir. Pero yo estoy a favor de que todo el mundo escriba. Escribir no es una actividad peligrosa. Es una actividad propia de alguien que quiere comunicarle algo a otra persona. Nunca intentaría perseguir a quienquisiera escribir, porque está tratando de comunicarse. Como crítico jamás me cargaría a alguien, directamente no hablo de lo que no me gusta. A través de la crítica procuro dar mi opinión sobre libros que me gustaron, aunque sólo sea para evitar que mis lectores lean cosas malas.♣



Antes que anochezca

LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI (NUEVA EDICIÓN COMENTADA)
Rodolfo Terragno
Planeta
Buenos Aires, 2000
230 págs., $ 17

POR ANDREW GRAHAM-YOOLL Rodolfo Terragno es un intelectual de talla respetable que decidió invertir su inteligencia y aportar sus ideas para, en la medida limitada de lo personal, sacar aunque sea un poco a la política argentina de su mediocridad actual. Los pensadores o elaboradores de ideas que aún quedan en nuestra sociedad han renegado de la actuación política. Por su coraje al volver del exilio y buscar la forma de entrar en la acción con todas las teorías de la ausencia merece mi agradecimiento. Terragno es un hombre educado, bien leído, detallista y preciso, algo autoritario en sus opiniones cuando alguien difiere con ellas. Desde la humilde función de asesor del gobierno de Raúl Alfonsín, pasó a ser miembro del gabinete nacional, luego legislador nacional, jefe de partido y jefe de Gabinete en el gobierno de Fernando de la Rúa. Su compromiso es admirable, y esto lo digo porque tendemos a ser bastante mezquinos cuando se trata de reconocer lo bueno en los nuestros.

En 1985, Terragno escribió un libro de autoayuda para una sociedad enferma: *La Argentina del siglo XXI*. El autor estima que fueron 120 mil las personas que compraron ejemplares, y pongamos que sea el triple el número que leyeron o hojearon su texto. Este éxito para un libro es admirable, y también es comprensible. Como con todos los textos de autoayuda, el de Terragno diagnostica que nos sentimos mal, pero podríamos sentirnos bien, como ha sucedido con otros que recorrieron su propio camino de autoayuda.

Como Terragno venía de una larga ausencia en el exilio en Venezuela e Inglaterra, y desde ahí se había erigido como referente en conferencias y seminarios, era natural que los argentinos consumidores de libros de autoayuda se volcaran a buscar en este texto una fórmula para la recuperación de sus males. Buena parte de los cien mil compradores buscarían en sus páginas formas para obtener pasajes gratis, lograr becas o empleos en Europa, o sugerencias de cómo ser millonarios en el 2000. Dado que esto el libro no lo ofrece, la segunda edición comentada ha sido recibida con un estrepitoso silencio porque no describe maneras de ganar un millón en poco tiempo ni cómo derrotar a la celulitis, ambos campos que obsesionan a los argentinos las 24 horas del día.

Terragno sigue el formato de texto de autoayuda estrictamente: primero dice que el éxito es posible, luego se remonta a la historia para demostrar por qué el tiempo hizo que a algunos les fuera bien y a nosotros mal. En la página 87 asegura que la Argentina dilapidó sus recursos, en la 107 anuncia el punto de una nueva partida, con fuerte énfasis en la actividad científica, en la página 147 propone la acción, confía en las nuevas generaciones y en la formación de nuevos maestros a partir de la página 163, y entrega 19 líneas sobre la educación en la página 179. Al cerrar el texto en la página 219 ya está completa la receta de autoayuda para una nación.

Como era de esperar, algunos opinaron que en todo proyecto es imprescindible un contenido ideológico que fije objetivos y parámetros de costo y beneficio político. Esto es tomado muy en serio. Fiel a esta seriedad hubo una respuesta a Terragno. El resultado fue el libro *La ilusión del progreso apolítico* de Isidoro Gilbert.

El problema de la propuesta de una Argentina moderna y autónoma de Rodolfo Terragno es que le falta pasión. La ilusión de algo mejor, por más fantástica y/o apolítica que sea, solamente es factible con enorme inspiración. Terragno escribe sin esa inspiración, quiere dirigir mediante el ejemplo, sin delegar responsabilidad: esto se vio con claridad en su forma minuciosa de dirigir el Ministerio de Obras y Servicios Públicos en 1987. El resultado es que *La Argentina del siglo XXI* está escrita para Terragno y una selección de su círculo social, que por cierto no llega a 120 mil personas. El libro se propone organizar una sociedad ordenada, trabajadora, bien gerenciada. No está escrito para una sociedad cuya mayor dedicación es hallar la forma de no trabajar, que vive entre el miedo y la arrogancia, ensimismada pero con baja autoestima, que alienta a jueces ladrones y políticos ignorantes, que forma maestros incompetentes y luego defiende la incompetencia de la escuela pública, que teme a su juventud, que no entiende a la calle como extensión de su hogar por lo que destruye su ambiente para luego refugiarse en su domicilio. En fin, una sociedad donde una película como *Nueve reinas* merece el respaldo del público por reflejar correctamente al vivillo que deseamos ser.

Rodolfo Terragno llegó al gobierno, primero, como resultado de sus ideas. Pero cuando llegó al poder, la segunda vez, no tuvo el tiempo o el coraje para impulsar sus ideas. Ése es el problema de los textos de autoayuda: son palabras. Se necesitan agallas, y no ideología, para proyectar sus propuestas.♣

EN EL QUIOSCO



SOCIALIS, REVISTA LATINOAMERICANA DE POLÍTICA SOCIAL, 3
(Buenos Aires: noviembre de 2000), $ 9

Socialis es un emprendimiento conjunto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, editada por Homo Sapiens Ediciones. Con dirección de Fabián Repetto, la publicación cuenta con un Consejo Asesor integrado por representantes de diversos países latinoamericanos, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. El objetivo de la publicación semestral –que reúne en sus páginas artículos de opinión, notas de investigación y reseñas bibliográficas– es enriquecer la reflexión sobre las distintas problemáticas sociopolíticas latinoamericanas y plantear estrategias a seguir con vistas a la superación de las crisis que se diagnostican. El último número contiene una única nota de investigación realizada por el decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Fortunato Mallimaci, M. Luisa Graffigna y Gabriela Abiad referida al papel de las redes solidarias en la vida cotidiana y su relación con la política. Este trabajo surgió en el marco del Proyecto de Investigación "Pobreza y Exclusión Social" del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del Conicet y pretende "dar cuenta de las diferentes formas en que los pobres experimentan en su vida cotidiana los dramas de la pobreza, los sueños por un mañana distinto, las presencias y ausencias de prácticas solidarias, el actual escepticismo frente a la sociedad política y cómo y de qué modo intervienen los procesos personales, sociales, religiosos".

La mayor parte de este ejemplar está dedicado a los artículos de opinión, que tocan temas como la distribución del gasto público provincial en salud, el aspecto social de las crisis económicas y los modelos de integración regional que contribuirían a un desarrollo equitativo. El más extenso de ellos, "Crecimiento, pobreza e infancia", escrito por tres miembros de Unicef, plantea ciertos interrogantes e hipótesis relacionados con los procesos de cambio y postula la importancia decisiva de las dimensiones no monetarias de la pobreza.

Si bien la secretaría de redacción de *Socialis* recibe trabajos con pedido de publicación y sólo exige que los textos sean inéditos y que observen ciertas condiciones formales en lo que hace a su extensión, a los gráficos, presentación, etc., la totalidad de las notas de la publicación son producciones de graduados universitarios en Ciencias Sociales pertenecientes a prestigiosos centros académicos latinoamericanos o a organizaciones mundialmente reconocidas. Esto hace de *Socialis* una revista que combina contenidos de opinión e información con aportes exclusivos del dominio teórico de las ciencias sociales.

MAURICIO BACHETTI

TODOS SOMOS CYBORGS

POR DANIEL LINK Los amos del año 2001 son los hombres de cuarenta. No es extraño, por lo tanto, que la única verdadera revolución que tengamos ocasión de presenciar en los próximos años sea una revolución farmacológica destinada, precisamente, a contrarrestar los procesos de senescencia de los varones maduros. El Viagra y sus efectos milagrosos (no tanto sobre el cuerpo, sino sobre la conciencia que de sí adquieren sus entusiastas usuarios) no es sino la avanzadilla de lo que vendrá: las terapias de sustitución hormonal, que serán las llaves maestras para garantizar tanto la esperanza de vida, que los cálculos más pesimistas llevan a 120 años como promedio y los más optimistas o delirantes –por ejemplo, los de la novela de anticipación *Marte azul* de Kim Stanley Robinson– hacen llegar hasta más allá de la bicentena, como la "calidad" de ese delicado soporte que es el cuerpo humano envejecido.

Las terapias de sustitución hormonal de las que el libro *El hombre 2000* hace abierta propaganda y que ya utilizan los sectores más privilegiados de la sociedad –incluso en Argentina– tienden a mantener los marcadores hormonales de los hombres mayores de cuarenta años en los niveles de un varón de 20, con todo lo que eso *implicaría* (y el uso del potencial se vuelve de rigor en este caso) en relación con los procesos de envejecimiento del cuerpo.

Sería por completo inútil aventurar algo sobre los efectos físicos a largo plazo de esos tratamientos experimentales. Sabemos, de todos modos, que la revolución química a la que asistimos –la segunda, según los historiadores, que localizan la primera en las décadas del cincuenta y del sesenta, con la invención de la píldora anticonceptiva, los alucinógenos sintéticos, los antibióticos y la universalización de los planes de vacunación– nos convierte definitivamente en cuerpos *conectados* con la máquina farmacológica: los verdaderos Terminator y Robocop del futuro próximo. Resta saber qué clase de conciencia (y esto es lo que nos vuelve sujetos *en crisis*: críticos y experimentales) será la "adecuada" (si tal cosa



El hombre 2000, que acaba de lanzar Plaza y Janés, propone un "revolucionario programa antienvejecimiento para los hombres". Mitos y realidades de la segunda revolución farmacológica.

fuera posible) en relación con esos cuerpos radicalmente novedosos. Son tiempos de releer a Foucault y, naturalmente, a Deleuze.

Los doctores Siegfried Meryn, Markus Metka y Georg Kindel han realizado en el libro *El hombre 2000* un esfuerzo ingente para llevar a oídos del lego (es decir, del público; es decir, del mercado) las palabras necesarias para calmar la desazón que la madurez física provoca. Justo es decir que lo consiguen. Prescindiendo –sin demasiada elegancia, es cierto– de todo marco filosófico o moral, los autores definen lo que debe entenderse por proceso de envejecimiento y proponen, además de una "historia de las hormonas", una serie de premisas para sobrellevar "la edad crítica del hombre" y garantizar la potencia sexual, el equilibrio energético y, en síntesis, la salud tanto física como mental. Luego de recorrer estas optimistas páginas, el lector sólo querrá volverse joven en la dirección que el libro promete. Cualquiera que pueda comprar las drogas adecuadas –o reclamárselas legítimamente a un Estado cada día menos benefactor y cada vez más clasista– podrá disfrutar de la ilusión de eterna juventud a la que la publicidad nos tiene acostumbrados.

Lejos quedará, ya, pues, aquel glorioso reclamo de Luis Buñuel en *Mi último suspiro*, cuando ansiaba la vejez como ese momento en el que la llama de la carne dejará de torturar nuestras mentes, que quedan así libres para fines más nobles: la gloria del pensamiento o del arte. Tal vez por eso, un poco conscientes de la catástrofe cultural que significaría convertir a tanto percherón cansado de las fatigas del mundo en potrillos ansiosos para siempre, Meryn, Metka y Kindel insisten también en los benéficos efectos de los tratamientos hormonales en los procesos cognitivos: seremos viejos (en el sentido de sabios) en cuerpos de muchacho.

Imposible será, entonces, comprender *El banquete* de Platón y, sobre todo, el abismo que separaba tanto física como emocionalmente al socarrón Sócrates y al desbocado Alcibíades, y que constituye uno de los fundamentos de la cultura occidental, tal vez perdido para siempre. Habrá que revisar (dicen los doctores Meryn, Metka y Kindel) la filosofía oriental para encontrar el lugar en el mundo de los nuevos hombres.

No es sólo un problema sanitario o psicológico lo que se pone en juego a partir de las hipótesis que desarrolla *El hombre 2000* sino, sobre todo, un problema político. En los próximos veinticinco años el porcentaje de personas mayores de 65 años respecto de la población total aumentará en un 82 por ciento mientras que la tasa de natalidad únicamente sufrirá un incremento de un 3 por ciento. Los "nuevos viejos" que auguran los autores de este libro permitirán resolver la crisis de los sistemas previsionales y de salud que el envejecimiento de la población podría provocar. La vejez se volverá, pues, un problema de Estado.

Habrá que revisar también, por lo tanto, esos campos donde se cultivan las más bellas flores de las teorías de la subjetividad –el psicoanálisis, el marxismo y los posmarxismos encierran las mejores variedades de ese jardín de las delicias– para encontrar los nuevos nombres para esos nuevos hombres.♣